

X MAXIMILIANO VOLOSHIN (1877-1932)

X DOS POETAS RUSOS

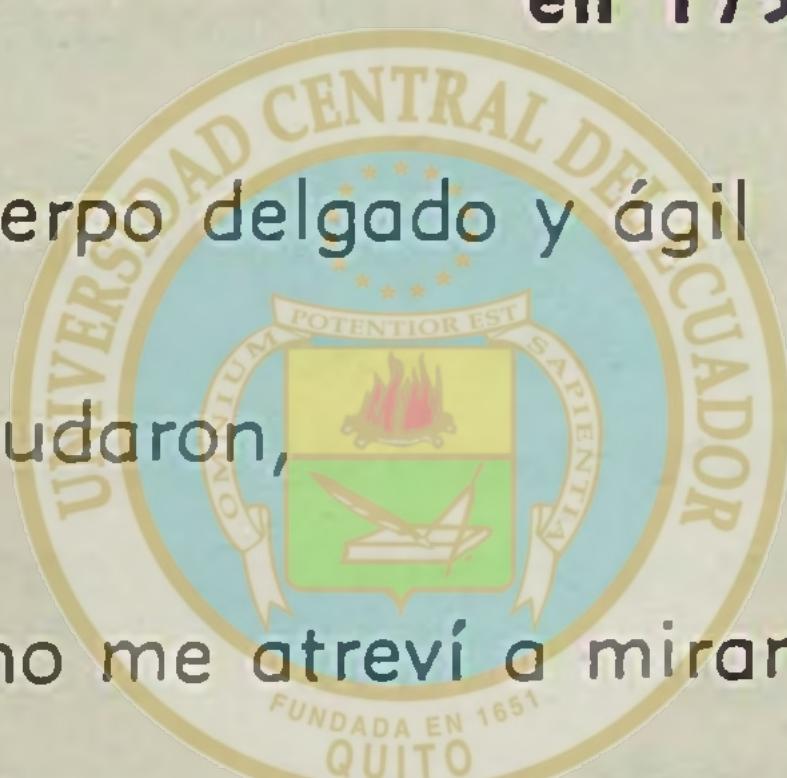
LA CABEZA DE LA PRINCESA DE LAMBALLE  
A la memoria de esta princesa, decapitada en París,  
en 1792

Me separaron del cuerpo delgado y ágil  
al que pertenecía;  
después, a él lo desnudaron,  
lo insultaron,  
lo pisotearon... Y no me atreví a mirarlo, confieso.

Pero sobre la piedra,  
por las calles,  
quedaron pedazos de mi carne apasionada.  
Inmediatamente,  
furiosamente,  
me llevaron.

Entraron en una taberna (todo París era taberna, sin embargo  
y, mientras se enardecían con ajenjo,  
me dejaron descansar  
sobre el largo mostrador húmedo,  
entre los vasos rebosantes.

Un barbero —hubo un momento—  
peinó mi dulce cabellera,  
arreboló mis mejillas  
y empolvó mi cara;  
su mano sucia.  
me clavó después en la pica de una lanza  
y fuí levantada sobre la muchedumbre.  
Y empezó la fiesta.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Las canciones del pueblo ardían y chispeaban  
como llamaradas de inmensa hoguera.  
De pronto, me pareció que, en Versalles, asistía a un baile.  
Delicada música me envolvía y yo danzaba, danzaba, danzaba....  
Guiada por la música y la danza, subí por la escalera  
angosta y empinada de la cárcel  
y, en la ventana de la Reina  
entregué el pavoroso recado de la plebe.

CONSTANTINO SIMONOV (1915)  
Carta escrita desde el frente

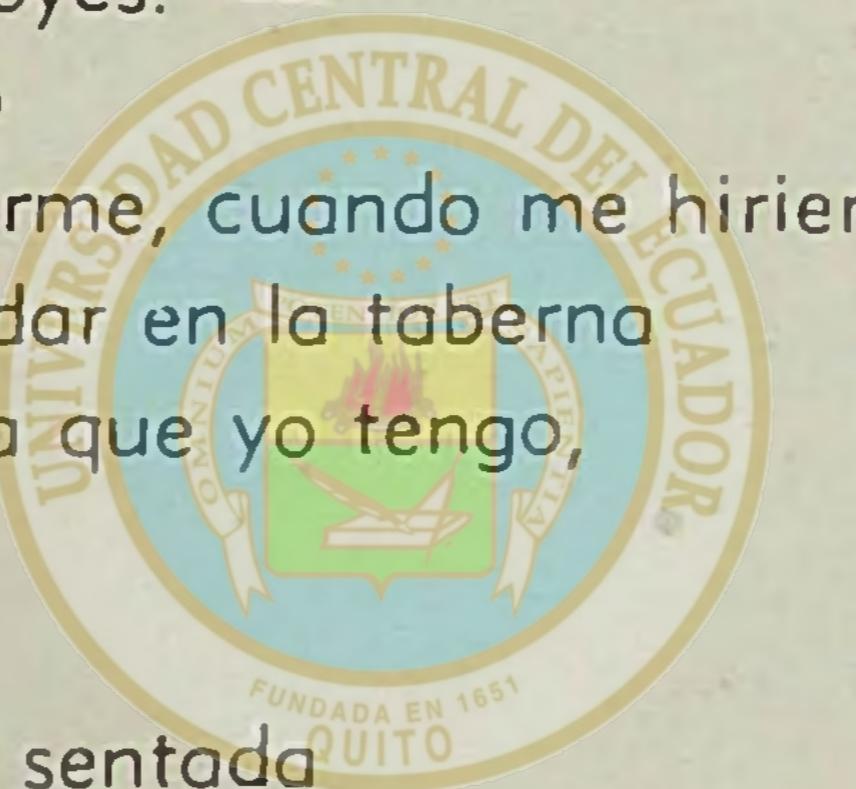
Gracias a Dios, no estás aquí.  
No escuchas estas detonaciones,  
ni andas metida en este infierno.  
En la aldea, habitas una casa tranquila  
y detrás de ella,  
hay un delicioso jardín lleno de flores.  
En lugar de estas piedras calcinadas, agua.  
Y en lugar del áspero humo de la pólvora,  
la sombra de los arces. Definitivamente,  
el horror de este día  
jamás te será conocido.  
(Así pensaba yo en tí, cuando me refugí  
en el cráter que abrió una granada, allá, arriba,  
bajo el fuego enemigo, sobre la meseta).

Si te vuelvo a ver, he de traerte conmigo.  
Quisiera que, como una sombra o como un perro, me sigas  
cada minuto, cada día, cada batalla.  
Así compartirías mi pan  
y también mis lágrimas,  
todas las angustias.  
Te quedarías ciega, si una bala me cegara.  
Te helarías sin remedio, si yo me hielo.  
Quiero que mi cobardía sea tu cobardía.  
Que mi cólera sea tuya.  
Y que mi voz quede en tus labios,  
cuando me separe de mis camaradas.

Que ya no se digan, entre ellos, éstas  
o parecidas palabras:

"Ella no está contigo como nosotros.  
Quién es, pues, esa mujer y qué significa para tí?  
Ella no estuvo contigo en la última batalla  
ni te salvó.  
Quién es, pues, esa mujer y qué significa para tí?  
Por qué la piensas y la quieres contigo,  
en lugar de tus camaradas?"

Ah, si esto dicen alguna vez,  
responderé de este modo al que las diga:  
"Estúpido, no la viste cómo, apretada contra mí,  
combatía en las trincheras.  
Oye, tú,  
olvidas que ella soportó conmigo  
—sí, conmigo, ¿lo oyes? —  
el fuego crudelísimo  
y que ayudó a salvarme, cuando me hirieron  
y más tarde, al brindar en la taberna  
por la buena estrella que yo tengo,  
ella  
(tú no la viste)  
estaba con nosotros sentada  
en la misma mesa.



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Estos dos poemas fueron traducidos directamente del ruso al español por N. I. Dawidson. La versión literaria definitiva corresponde al poeta César Dávila Torres.